

Ingenieros estudia en este capítulo de su vasta obra una época de nefasta memoria en nuestra historia, que subsigue a la publicada en VERBUM bajo el título de «La época de Rivadavia» y antecede a la que aparece en este número sobre «Otras influencias sansimonianas». Va complementando así su loable empeño de darnos a conocer la evolución cultural argentina.

De esos sus estudios surge presurosamente una verdad: de cómo los intereses políticos, los temperamentos de los diversos grupos sociales, inspiran en los diferentes períodos las posiciones filosóficas que se adopten. Tal vez en nuestro país, cuya cultura lejos de ser original, fué reflejo de la cultura europea, se constata esto más claramente que en otras partes. Por ello, cabe un método histórico y sociológico, más que un comentario de los sistemas filosóficos, en el análisis de la evolución ideológica de un pueblo; lo que no implica admitir que este método sea siempre conveniente. Ingenieros adopta, y no podía menos de hacerlo así, el método sociológico; efectúa un trabajo de síntesis, metodización e inducción de los elementos acumulados por los historiadores.

En una primera parte demuestra con palabras de Sarmiento, cómo se presentaban antes del advenimiento de Rosas los dos grupos siempre en pugna en la Argentina: la mayoría, que anhelaba restaurar el pasado, y la minoría idealista, europeizante, que se concentraba en los centros urbanos. Estos últimos hicieron la Revolución, animados, como Carlos III, por ideas europeas y antiespañolas; los primeros, antiliberales, movidos por ideas hispano-coloniales, como Fernando VII, fueron el instrumento de la Restauración.

El partido conservador que capitanearan Saavedra y Funes renació con el predominio de Rosas; el pensamiento revolucionario de Moreno, inspirado en la filosofía francesa del siglo XVIII cayó tras del fracaso de Rivadavia. Con el triunfo de la «contrarrevolución» varían los criterios educacionales, políticos y religiosos; el libre examen deja de ser una realidad, y las coacciones políticas y las imposiciones dogmáticas son los frutos naturales del régimen conservador.

Eran ajenas a los caudillos y a las masas las filosofías que predicaban los patriotas, y se rebelaron cuando éstos quisieron imponer el «derecho humano» y sus lógicas consecuencias. Rosas fué el primer señor feudal de aquella «edad media argentina», como tan justamente la llamara Alberdi.

Cuando Rivadavia planteó la cuestión de la libertad de cultos, ya fué notoria la reacción clerical y teocrática hasta entonces latente, y se acentuó bajo el gobierno de Dorrego. Quiroga que alza la bandera de «¡Religión o muerte!», encarnó el fanatismo de las masas de la campaña. La bandera religiosa fué en realidad bandera política. En esa cruzada contra la civilización tomó el clero participación activa. El clérigo Castro

Barros «era el arquetipo de esa mentalidad patrioteril y fanática, en que se refundían el sentimiento localista y el tradicionalismo clerical». El autor delinea acertadamente esta interesante figura.

¿Cuáles eran, en tanto, las ideas filosóficas reinantes? Como señala Ingenieros, nunca se observa mejor que en la primera mitad del siglo XIX la correlación entre las corrientes filosóficas y las oscilaciones de la vida política. A más, «en la Argentina se reflejó paso a paso y con lógica estricta, la evolución de la filosofía europea: con un natural retraso, que, por otra parte, se observa también en la cronología de los acontecimientos políticos».

El eclecticismo fué profesado en Europa por los que se titulaban espiritualistas, y profesaban lo que políticamente «se llama liberalismo moderno por los que la profesan, y reacción disimulada por los que no la practican».

Fracasado el ideologismo después de la Revolución Francesa de 1830, sufrió la juventud argentina la influencia ecléctica y romántica; era la filosofía de moda y la filosofía cómoda; coincidió este cambio con la evolución política. La generación de Alberdi, López, Gutiérrez simpatizó en un principio con esa tendencia, pero se apartó de ella, cuando los que la aceptaban pactaron con Rosas; abrazaron entonces la causa del sansimonismo que resurge con Lerroux.

El eclecticismo no arraigó ni aún en el medio oficial. Rosas no podía resucitar a Descartes y con él la Francia moderna, sino a Loyola, que encarnaba a la España teocrática. Lejos del tirano toda intención ideológica; la restauración jesuítica por él efectuada fué ante todo un movimiento de reacción contra los liberales rivadavistas. El clero, que a todo se prestaba, fué al igual que la mazorca elementos de combate contra los «salvajes unitarios, enemigos de Dios y de los hombres». Los jesuitas toman posesión del púlpito y de la enseñanza; Rosas es entonces divinizado y la instrucción sufre el más negro atraso. Con el arribo de los jesuitas «la traición al espíritu argentino estaba cumplida: desde Vértiz a Rivadavia, todo se había perdido». El estudio de esa época deja en la boca un gusto repugnante y acongoja el espíritu. Desde 1843 hasta el 52 memorable sólo una que otra escuela inficionada por los métodos escolásticos funciona.

El pasado colonial, de modalidad feudal, renace con el tirano, y éste impone sus normas a la sociedad que se inclina servilmente ante su dueño. «Esta dura lección de abajamiento debe ser recordada en toda hora a cuantos miran impasibles las restauraciones del privilegio y del dogmatismo, que comprometen el porvenir, olvidando que «para estas repúblicas de un día el porvenir es todo, el presente poca cosa (Alberdi)». En tanto, «la argentinidad, estrangulada en el patrio suelo dictadura, florece en el destierro, siempre esperanzada, cuajándose de ensueño y de ilusiones que el tiempo haría florecer en las manos de los emigrados, como simbólica vara de ensueño».

G. B.